

Michael H. Crawford

La moneta in Grecia e a Roma

Universale Laterza

Roma-Bari 1982

168 pp.

M. H. Crawford, autor de trabajos tan destacados y conocidos como «Roman Republican Coinage» (1974) o «The Roman Republic» (1978), viene a enriquecer su obra historiográfica con este trabajo, elogiado pero desigual, como veremos.

La moneda cubre tres objetivos: facilitar el cambio, acumular riqueza y medir el valor. Pero la moneda no siempre ha cumplido estas tres funciones de una manera clara y en el mundo greco-romano la historia de su desarrollo es muy compleja.

Y por el origen de la moneda comienza el trabajo de Crawford. Tras algunas consideraciones previas sobre problemas «pre-monetales» y similares de equivalencias, se pregunta cuál es el significado de la adopción de una unidad monetaria oficial en el mundo griego. Frente a la opinión de E. Will (de amplia tradición) de un impulso inicial esencialmente religioso, Crawford considera el razonamiento arriesgado y cree que «la fijación de pesas, medidas y unidades monetarias oficiales se ve comúnmente como un acto de auto-affirmación de la polis y encuadrado en el contexto de su necesidad». El primer

punto aparece claro para el autor, la moneda se adopta porque simboliza la autoridad comunitaria y la autonomía de la polis, vínculo monetización/autonomía que permanecerá durante toda la historia griega. Menos tajante se muestra en cuanto a «invocar la necesidad del comercio para explicar esta invención».

Se ocupa de los primeros testimonios sobre monedas acuñadas, que luego completará con dos apéndices (1.º y 2.º). Y con su idea de que «la invención de la moneda acuñada comportó un salto, no un proceso de evolución» quizás pueda explicarse la aparición de la moneda en un período de tiempo no muy dilatado en un número amplio de polis; y donde en muchos casos ni la prosperidad, ni la importancia política son razones suficientes. Incluso ciudades prósperas tardarán en tener una monetización significativa, y la posesión de metal bruto no será siempre un impulso definitivo, ni Egina, ni Corinto tenían metal y las primeras emisiones atenienses no parecen utilizar plata de Laurión.

Al ocuparse del primer desarrollo de la moneda en Atenas, relacionará esta con la evolución política, relacionará la tiranía y la exportación de la moneda de 'lechuza', los problemas monetarios están aquí sugestivamente armonizados con los que podemos conocer por fuentes no numismáticas.

Un segundo capítulo lo llama «Monetización y Polis», en él insiste sobre problemas ya planteados en el anterior, el problema del monopolio de la acuñación como base de la mutación que las prácticas monetarias sufrieron en la época clásica, monopolio que puede permitir la revocación de los propios sistemas monetarios (se atestiguan casos en Gortina, Bizancio y Calcedonia), la creación de cambios oficiales como muestra la ley monetaria de Olbia, e incluso la introducción de una moneda fiduciaria, como sería el caso de Atenas durante las guerras del Peloponeso, a la sombra de su Decreto Monetario.

En «Monetización y Economía» (capítulo III), comienza afirmando como la moneda fiduciaria no fue sólo un problema circunstancial sino que en el siglo IV a. C. se convierte en un componente normal del sistema monetario de la polis, que una vez introducida facilitaría el desarrollo de una economía de mercado, que se apoyaría también en la difusión de moneda divisionaria. La documentación arqueológica y epigráfica muestran la existencia de un sistema monetario mixto en plata y bronce.

Dos hechos bien testimoniados y de un alcance económico importante son la rapidez con que se fijaban equivalencias para el cambio entre monedas de distintas polis, y el desarrollo de acuñaciones que el autor llama pseudo-internacionales, y que en la medida que eran bien conocidas eran aceptadas para el cambio y poseían una serie fijada de equivalencias respecto de otras. Este sería el caso de la moneda de Cízico en el área del Mar Negro desde el 450 a. C.; y sobre todo la de Ate-

nas, cuyo prestigio derivó directamente de la existencia del Imperio.

El estudio cronológico de la moneda griega llega en el capítulo cuarto al Mundo Helenístico. En esta etapa, una vez más, la moneda y la historia van parejas. Con la expansión macedónica bajo Alejandro a partir del 334, la moneda (griega) se extendió a zonas que con anterioridad no habían tenido familiaridad con la moneda; puesto que en el Imperio Persa si bien 'dárlicos' y 'siclos' aislados podían encontrarse en cualquier sitio, sólo en el extremo occidental de Asia Menor y en escala más reducida en Fenicia y Egipto, había tenido la moneda una circulación amplia. La imposición de un sistema monetario uniforme será un medio en la búsqueda de cierta unidad económica. Y dado el montante acuñado enseguida se convirtió en una moneda pseudo-internacional. Con la atomización del imperio de Alejandro se asiste al desarrollo de diversos sistemas monetales en buena medida cerrados y aislados del resto del mundo helenístico. El autor presta especial atención al desarrollado en el Egipto Tolemaico y al de Pergamo, cuya monetización será respetada por los romanos como monetización de la provincia de Asia. La recuperación de libertad de diversas polis griegas se asoció con una explosión de emisiones.

En este capítulo se va a ocupar también Crawford de la difusión en época helenística de la moneda en áreas del todo externas al mundo griego. El no uso de moneda fue visto por los autores griegos, desde Herodoto en adelante, como propio de bárbaros. El autor se va a ocupar brevemente, en consonancia con el conjunto del libro,

de la presencia de una amplia gama de monedas entre estos pueblos «bárbaros», por ejemplo en el bajo Danubio, de los siglos IV a I a. C. El conocimiento de la moneda por estos pueblos tiene poco que ver con el funcionamiento de una economía monetaria, se utilizaría como medida de valor y no destinada a medio de cambio en una economía de mercado (se aprecia una ausencia virtual de nominales pequeños).

Uno de estos pueblos «bárbaros» sería el romano, que estimulado por el contacto con sus vecinos griegos del sur, empezaría a acuñar una moneda muy similar a la de aquéllos, sólo diferenciada por la presencia de la leyenda *Romano*, a comienzos del siglo IV a. C. Aquí el autor parece que va a enlazar el estudio de la moneda en Grecia con su estudio en Roma, pero aquí está la desigualdad al principio mencionada. Tras algunas generalizaciones el autor anuncia en nota un trabajo suyo en prensa: «The Roman Republic and the Mediterranean: Coinage, Money and the Economy» y añade un capítulo V: «Moneda y medios de cambio en el Imperio Romano» que no es sino una revisión de un artículo suyo publicado en *JRS*, 60 (1970) 40-8; y que queda con relación a la línea de los cuatro capítulos dedicados a Grecia sin ninguna continuidad y sin unidad respecto al enfoque que hasta el momento seguía. Da la sensación de que el grueso del trabajo eran los capítulos dedicados a la moneda griega y el resto es una justificación del título, que a su vez sólo se justifica entonces en el esquema de un proyecto editorial de *Latetza*, el que con el título genérico de

«Il Mondo degli Antichi» dirigen G. Clementi y A. Giardina.

En cualquier caso esta «desigualdad» hace desmerecer al título, no al libro que se justificaría plenamente por su primera parte.

El libro se completa con siete breves apéndices: 1: «Los más antiguos usos monetales», tabla de las primeras emisiones conocidas; cronología, características y fuentes. 2: «Textos sobre el origen de la moneda». 3: «Moneda extranjera en Delfos», nos puede dar idea de las equivalencias entre las diferentes monedas, así como de las tasas de compensación en los intercambios. 4: «Moneda extranjera en Epidauro». 5: «La moneda en Pompeya», sobre la amplitud de la circulación monetaria en esta ciudad. 6: «Tiberio y la crisis del 33 d. C.», en base al texto de Tácito: *Annali* VI, 16-17. 7: «Trajano y el botín de la Dacia», su posible influencia en las emisiones monetarias de Trajano y en sus finanzas. Y finalmente una bibliografía extremadamente útil que abarca hasta 1982, tanto la que se recoge sumariamente al final como la que da en las notaciones a pie de página.

Pablo C. Díaz Martínez

Mary Beard & Michael Crawford

Rome in the Late Republic

London, Duckworth, 1985

X + 106 pp.

Es evidente que el período denominado de la crisis de la República romana sigue constituyendo un tema de interés para los historiadores de la Antigüedad, y la bibliografía sobre el mis-

mo aumenta sin cesar. En el caso que comentamos, se trata de una breve obra de síntesis sobre la República final, debida a dos especialistas anglosajones, M. Beard y M. Crawford. Este último es sobradamente conocido por los estudiosos de la Roma republicana, especialmente, aunque no exclusivamente, en el campo numismático. M. Beard por su parte, menos conocida quizá que el anterior, ha publicado varios trabajos sobre la religión romana en época republicana.

El libro, que ofrece esa claridad de exposición, tan típicamente anglosajona y tan de agradecer, está pensado para un público determinado, de habla inglesa («some sixth-formers, undergraduates and their teachers»). De ahí se deriva alguno de sus inconvenientes, concretamente en el caso de la bibliografía. Este es, por una parte, uno de los elementos más interesantes del libro, ya que las referencias bibliográficas manejadas en las notas y recogidas en la lista bibliográfica final son muy abundantes y recientes, pero, sin embargo, salvo contadas excepciones, siempre en lengua inglesa, con lo que no aparecen obras igualmente interesantes alemanas, italianas, etc.

El libro no presenta una narración de los acontecimientos según un desarrollo cronológico, y da por supuesto un conocimiento básico de la República final, para lo que se remite a las ciertamente útiles obras de Scullard, *From the Gracchi to Nero*, y Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*. Los autores se plantean la explicación a través de lo que definen como «analytic description»: «This attempts to demonstrate how a whole network of factors are closely interlinked, how

they cumulatively alter the character of the political process and how that changed character in turn adds new elements to the network» (p. 4).

El libro, siguiendo este modelo de interpretación, está dividido en seis capítulos y un epílogo más un apéndice sobre fuentes literarias (traducciones inglesas) y la bibliografía.

En el capítulo primero («The Nature of the Problem») se destaca la unanimidad en la valoración general del período histórico estudiado, así formulado: «In a swift and striking transformation, a political system founded upon principles fundamentally opposed to monarchy was replaced by a system monarchical in all but name». No obstante esa descripción universalmente aceptada, la polémica surge después al considerar las causas y las fases del proceso. Los autores centran su estudio en el último siglo de la República hasta el estallido de las guerras civiles en el 49, con el punto de partida en el tribunado de T. Gracchus del 133. Señalan a continuación las enormes diferencias que separan el mundo romano del 150 y el 50 a. C., desde el punto de vista de los nuevos términos de la competición política, los nuevos métodos de actuación política y la generalización de la violencia, la transformación del carácter de ciudad-Estado de Roma tras la Guerra Social, y la nueva posición de Roma en el Mediterráneo como imperio único. El tribunado de T. Gracchus representaría una ruptura en la historia republicana, sobre todo, por la nueva combinación, en esa precisa coyuntura histórica, de diferentes elementos políticos y sociales ya conocidos. El segundo capítulo («The Cultural Horizons of the Aristocracy»)

es justificado por la importancia de conocer el sistema ideológico con el que explicaba la aristocracia su propia conducta. Rechazan la idea de la cultura romana como simple sombra e imitación del modelo griego, y prefieren ver un proceso de integración cultural, estrechamente ligado a las necesidades político-ideológicas de la clase dirigente romana. Este análisis de la ideología prosigue en el tercer capítulo («Religión»), centrado en la religión «oficial». Beard y Crawford advierten los peligros de un acercamiento al tema desde presupuestos judeocristianos y, frente a una visión tradicional de decadencia de la religión romana de la época, sugieren una adaptación a las nuevas condiciones de una religión que, apuntan, desde los primeros tiempos ha sido una religión pública e íntimamente vinculada a la política y a la guerra. Los capítulos tercero y cuarto están dedicados a las instituciones y a la práctica políticas («Political Institutions», «The Working of Politics»), distinción útil y cómoda que permite destacar las particularidades del sistema político republicano en su momento final. La sociedad romana es caracterizada como una colectividad fuertemente estratificada, con una serie de status legales bien definidos. En el período de la crisis de la República se rompe el consenso existente anteriormente en la sociedad, y se producen desajustes en el sistema político. El papel teóricamente consultivo del Senado es insuficiente, y su carácter de elemento integrador y cohesionador de la clase dirigente se refuerza, al menos en una primera fase. Por otra parte, se acentuará, hasta límites que progresivamente desbordarán el propio marco re-

publicano, la competitividad política que, finalmente, se resolverá en términos de poder personal y el recurso de medios ilegales y militares. En el último capítulo («Rome and the Outside World»), se analizan el problema del imperialismo romano, especialmente en sus repercusiones en Roma e Italia, y las relaciones de Roma y los aliados itálicos hasta a Guerra Social, y las consecuencias de ésta. En el epílogo los autores destacan los, a su juicio, resultados más importantes de la denominada «Revolución romana»: la sustitución de la República por la monarquía, la emergencia de una nueva clase dirigente, y la construcción de un nuevo consenso social como sostén del nuevo ordenamiento político.

El libro, a nuestro entender, es muy interesante, tanto por lo reciente de su publicación y, por consiguiente, por recoger las posiciones más actuales en torno a los problemas que aborda, como por la selección misma de esos problemas, por ejemplo, es el caso de los apartados sobre la cultura y la religión. Sin embargo, consideramos que hay dos puntos que merecían mayor atención. Uno es el de los problemas socioeconómicos, ya que está muy centrado en el terreno político-ideológico-institucional, y este otro tipo de temas aparece casi marginalmente, en alguna nota, pero sin la importancia que, creemos, tiene como otro de los grandes focos de tensión en la crisis republicana, con una influencia directa en el terreno político. El segundo punto a comentar es una tendencia, que se observa en los autores, a destacar los elementos «integradores» de la sociedad romana, en detrimento de los factores objetivos de desigualdad o de enfrentamien-

to. Parece que hay una intención, no de negar, pero sí de atenuar las fuertes contradicciones políticas y sociales del Estado romano en su conjunto, no solamente de su clase dirigente, y que precisamente se agudizan en la República final. Así, en el análisis de las instituciones políticas se cuestiona el supuesto control de las asambleas por parte de la «nobilitas», o en el caso del imperialismo romano se pone el acento en los beneficios que toda la sociedad romana extrae de la política imperialista.

En cualquier caso, una obra muy interesante para un tema muy complejo, sobre el que no sobran precisamente en nuestro país los trabajos de conjunto.

Antonio Duplá Ansuategui

D. den Hengst

The Prefaces in the Historia Augusta
B. R. Gruner Publishing Co
Amsterdam 1981
188 pp.

El estudio de la *HA*, centro de atención casi exclusivo de los historiadores que, como el propio Den Hengst advierte (pg. 2) pese a su formación filológica apenas han podido prestar atención a cuestiones literarias y detalles lingüísticos o textuales, ha recibido con este trabajo un nuevo enfoque y un nuevo impulso.

De hecho su autor aborda algunos de los debatidos problemas de la colección —las invocaciones a los emperadores (pp. 12-14), el *nomen Antoninorum* (27-35), las lagunas inicial (14-16) y central (70-2), las relaciones con Je-

rónimo (espec. 122-7) y Amiano (152-4) y, por tanto, la fecha, los nombres de los presuntos «autores» y sus posibles puntos de inspiración (68-9), etc.—pero, sobre todo efectúa un análisis profundo de los propios prólogos estudiando su contenido, sus características más significativas, sus fuentes y, muy especialmente, sus términos, giros y fórmulas con sus diferentes apariciones y usos en la específica tradición literaria en la que se insertan. De entrada, pues, este libro posee un interés extraordinario sólo limitado por el hecho de que su autor, al centrarse en unos pasajes muy concretos de la obra, ha prescindido de la relación estructural de éstos con las biografías que los presentan y de vidas, como las Principales que, al no poseerlos, quedan fuera de su atención; así, respecto de la incógnita esencial que hoy tiene planteada la obra, su proceso de composición, este importante libro sólo consigue ofrecer algunos nuevos puntos de discusión; con todo, en un texto tan caótico como la *HA* esto es, sin duda, más que suficiente.

Antes de iniciar el análisis de los textos, en su introducción (capítulo 1, pp. 1-9), den Hengst enuncia su concepto de prefacio —«aquellos pasajes iniciales que contienen informaciones programáticas y reflexiones de naturaleza general en los que el autor habla en primera persona...» (p. 2)—, enumera y clasifica los existentes, y anticipa su opinión respecto a dos de los más conflictivos temas de las biografías: el autor —uno sólo—, y la fecha de redacción —tras el 395.

En el capítulo 2 (10-43), dedicado a los prólogos de las vidas Secundarias, aborda ya algunas de las más es-

pinosas cuestiones de la obra. El prefacio de la vida de Elio (10-16) le permite recoger la del auténtico comienzo de la colección y el tema de las dedicatorias a Diocleciano y Constantino (11-14); sobre el primero concluye que es tan imposible probar que nunca existieron las vidas de Nerva y Trajano como que la obra, en su origen, estuviese formada por una serie completa de Césares y tiranos desde J. César hasta Adriano (p. 16). A propósito de las invocaciones y dedicatorias, tras reunir los párrafos donde se incluyen, notando que sus contextos próximos ofrecen grandes semejanzas con las biografías de «Polion» y «Vopisco», advierte que se encuentran, esencialmente, en las vidas Secundarias y la serie Heliogábalo-Gordiano, mientras que las que aparecen en las vidas Principales deben considerarse «interpolaciones tardías». Lamentablemente, den Hengst no precisa el momento en que éstas pudieron ser introducidas; tampoco al rozar el tema del *princeps clausus* (AS 23.4-6 y 45.4-5; Gd. 24-25, A 43) (p. 14), parece haber tenido presente el artículo de K. F. Stroheker, «*Princeps clausus*, Zu einigen Berührungen de Literatur des fünften Jahrhunderts mit der HA», BHAC 1986/69, 1970, 273-83; tal vez por ello no tiene en cuenta las perspectivas que, respecto a la cuestión de la fecha, sugieren este giro y las relaciones que, a través de él, se establecen entre la HA, *Sidonius Apollinaris* —al que se alude sólo a propósito del término *purpuratus* (Q 2. 3 y A 42.3, p. 26)— y *Sulpicius Alexander*. Además, sorprende al lector que recuerda sus palabras iniciales sobre la unicidad del responsable de la colección, la cerrar este breve apartado

afirmando que «la homogeneidad temática-lingüística de estos pasajes sugiere un autor único si no para la HA como un todo, al menos para las dedicatorias y su contextos inmediatos» (p. 14).

El estudio del proemio de Vero (16-19) le induce a suponer que las vidas Secundarias han sido escritas tras las de «Vopisco» y, después, el de los de Pescenio Niger y Avidio Casio le permite confirmar la hipótesis. Con todo, ni la idea está apoyada por argumentos concluyentes, ni deja de encontrar contradicciones, como veremos luego, a pesar de ser notablemente sugestiva.

A propósito del texto de Vero den Hengst arguye que sólo es posible entender la disposición de esta vida tras la de Marco Aurelio, igual que la de Geta tras la de Caracala, junto con las palabras... *prior natus est et qui prior im perare coepit, prior scriberetur* (Cc 11.1-2), si el orden de la de Caro y sus hijos —primero Caro, después Numeriano, el más joven, y, por último, Carino, el mayor—, no existía ya. Sin embargo, la ruptura del orden tradicional en esta biografía de Caro y las palabras de «Vopisco» que la explican (Car 10) no presupone, necesariamente, como den Hengst considera, que esta última vida de la colección sea anterior a las de Vero y Geta; el hecho de que «Vopisco» haya fijado la serie Caro, Numeriano y Carino de esta forma aunque en cierto modo, se adecúa a determinadas razones históricas —Numeriano, vengado por Diocleciano murió antes que Carino que pereció a manos de aquél—, responde, esencialmente, a una específica concepción literaria de la obra y, sobre todo, de la biografía, puesto que las tres vidas que la

forman están realizadas, en su conjunto y aisladamente, en función de la figura de Diocleciano como incluso las frases finales del mismo texto de «Vopisco» permiten deducir; en cuanto a las palabras que justifican la decisión —*et quamvis Carinus maior aetate fuerit, ...tamen necesse est ut prius de Numeriano loquamur, ...*—, pueden entenderse, sin dificultad alguna más como una consecuencia de la ruptura del orden tradicional que se mantiene en el caso de Vero y Geta, que como una justificación anticipada del hipotético cambio que después iría a producirse en las dos Secundarias.

En los de Pescenio Niger y Avidio Casio (3.1-3) (19-27) que coinciden en defender el mismo tema, la dificultad de encontrar información sobre los tiranos y hablar adecuadamente sobre ellos—, la teoría parte, especialmente, del hecho de que las vidas de éstos, como la de Clodio Albino, aparecen realizadas de forma individual mientras los Treinta de «Polion o la Cuadriga de «Vopisco» están incluidas en un sólo relato. A juicio de den Hengst, la insistencia de «Vopisco» en su «originalidad» al escribir las vidas de los *minusculi tyranni*, olvidados por sus predecesores, —Suetonio y Mario Máximo— y su alabanza a «Polion» por haber reunido tantos personajes en una sola biografía (*Q 1*) no habría podido darse de haber sido compuesta la *HA*, en un orden cronológico (p. 24). A ello, sin embargo, podría oponerse que, dentro de la particular concepción del «autor» de las biografías, estos tres tiranos, A. Casio, Pescenio y Cl. Albino, podrían no ser tan «minúsculos» como los restantes y que, de haber sido escritas estas tres vidas, como den Hengst

sugiere, tras la inclusión en un único conjunto de los Treinta y los Cuadriga, podríamos haber esperado en sus prólogos alguna frase que aludiese al por qué de tan nueva actitud. En cualquier caso su idea de que el prefacio de Herodiano podría haber sido el texto que inspiró la escritura de estas *vitae tyrannorum* (22-3), que supone un punto más de unión entre el autor griego y la *HA*, y el análisis del término *tyrannus* en su acepción de «gobernante despótico», con la crueldad como característica —y derivados—, definitoria, o «usurpador» (19-20) cuyo estudio le permite ajustar la fecha de la obra rechazando la sugerencia de A. Rosger para quien el concepto de *tirannis* está aquí más definido que la *Historia adversus paganos* de Orosio (p. 20), son notablemente interesantes.

En cambio, sus palabras sobre el tema del *nomen Antoninorum*, revisado a partir del de Geta (27-35), apenas ofrece novedad alguna; tras una rápida estadística (p. 28) sobre la importancia concedida al motivo —escasa en Antonino Pius y Marco Aurelio, mucha en Geta (de 7 cap., 2 dedicados al tema), Opelio Macrino (15/4) y Diadumeno (9/4) y ligera en Alejandro Severo (68/5) y Gordiano (34/1)—, poco significativa porque un simple lectura del texto ofrece idéntica impresión, den Hengst, rechazando eruditas especulaciones» sobre las razones que pudieron mover al «autor» para concederle tanto espacio en las biografías, concluye, casi innecesariamente a estas alturas de la investigación, que su tratamiento responde a la elaboración de un «único autor» (p. 34). Nos habría gustado sin embargo encontrar una mayor atención sobre el papel que

el *nomen* desempeña dentro de la serie de manipulaciones que se advierten en las biografías, y una explicación más extensa sobre las palabras con que se cierra el último apartado del capítulo —«la frase con que se cierra el breve proemio, *de cuius priusquam vel vita vel nece didam, disseram cur et ipsi Antonino a Severo patre sit nomen adpositum* (G 1.1), indica el momento de composición de la vida» (p. 35)—, igual que a propósito de su idea sobre el prólogo de Heliogábalo (cap. 4, 58-61); pese a considerar que la vida comienza con el giro de transición *occiso Macrino* (p. 60) y que el prefacio es una realización tardía, no específica cuando ésta pudo producirse.

Lo cierto es que cuando en algún punto den Hengst roza el problema de la composición de las biografías en su totalidad, los interrogantes y objeciones que suscitan sus palabras nos permiten advertir cuán lejos estamos todavía de ver resuelta la problemática de la HA.

Así ocurre en los capítulos 3 y 5 dedicados a los importantes prólogos de Opelio Macrino (44-57) y los Maximinos y Gordianos (62-67). En el de Macrino, den Hengst examina la utilización del topos de lo *digna menoratione* en la colección (p. 46) y otras obras históricas (44-45), la figura de *Cordus* (46-50), cuyas distintas denominaciones —*Aelius/Iunius* o, simplemente, *Cordus*— él considera «variantes intencionadas» en lugar de «simple olvido del autor» como Syme, y, entre otros términos interesantes, el sustantivo *mythistoria* al que, dado su sentido —definido por el giro *infima res* en la vida de Gordiano junior (Gd 21.3)—, añade los próximos de *fabella*, *fabula* e

historia fabularis, y supone que los problemas que el texto plantea podrían resolverse de considerársele compuesto tras la vida de Alejandro Severo —fin de los emperadores mayores— y antes de las de los emperadores del 238 y los Treinta Tiranos, como un proemio introductorio para la serie de gobernantes menores. En cierta forma, alguno de tales problemas sí podría simplificarse —si este prólogo hubiese sido redactado en tal momento y las vidas Secundarias, como él parece sugerir, fuese realmente posteriores a las de «Vopisco», cobraría sentido el hecho de que la figura de «*Cordus*» sea «presentada oficialmente» al lector en esta vida de Macrino pero aparezca, por primera vez en la colección, en la de Clodio Albino. Sin embargo, antes de que tal posibilidad pueda ser aceptada como factible, más de una incógnita debe quedar despejada; una sola cuestión servirá de ejemplo; den Hengst no sitúa, específicamente, el momento de composición de la vida de Diadumeno cuyas primeras líneas suponen una clara réplica a las del prefacio de su padre; de esta forma la redacción de esta biografía de Diadumeno debería retrasarse hasta a conclusión de la de Alejandro Severo, después de la cual se habría compuesto el prólogo de Macrino y ello, sin que den Hengst haga mención alguna al respecto, se escapa del orden habitualmente admitido para este conjunto de vidas.

En cuanto al cap. 5 (62-67) donde se revisan los prólogos casi paralelos de los dos Maximinos y los tres Gordianos para los que den Hengst considera como punto de partida los también paralelos de Daniel y Ezequiel de Jerónimo, la sorpresa surge de su pro-

pia contradicción. A su juicio, el tema de ambos textos —reunir varias vidas en un solo relato en beneficio del propio trabajo del autor y para evitar el cansancio del emperador—, supone una réplica a las palabras del pasaje final de la vida de Elio... *singulis libris exponere...* (7.5). A partir de ello cabe deducir que las vidas Secundarias, de las que la de Elio es la primera, deberían haber sido escritas antes que estas dos y, por tanto, lógicamente, antes que las de «Vopisco»; sin embargo, como antes advertíamos (*cf.* cap. 2), las vidas Secundarias se postulaban como un producto posterior al bloque final de la HA.

Tampoco la primera teoría que nos ofrece a propósito de la laguna central, al entrar en las biografías firmadas por «Polion» (capítulo 6, pp. 68-79, prol. Treinta Tiranos), nos parece del todo convincente. En su opinión, la falta de neutralidad que éste presenta en las vidas que poseemos al juzgar a los emperadores afectados por tal laguna —Filipo, ásperamente censurado (30.9), Decio, muy respetado (A 42.6) y Valeriano, quizá el más alabado de todos los soberanos— debió ser motivo suficiente para inducirle a no escribir las biografías que faltan. La idea no resulta fácil de aceptar cuando recordamos que la falta de objetividad en afirmaciones y planteamientos de «Polion» y los «demás autores» es constante en la HA. En cambio, el otro argumento que aduce en contra de la realidad de tal laguna, el hecho de que los huecos del texto en los que se reafirma la suposición de la pérdida del manuscrito sólo se producen después de la vida de Valeriano, cuando ya no guardan relación con los problemáticos textos

precedentes, nos parece muy digno de ser tenido en cuenta.

En el capítulo 7 (80-93), dedicado al carácter panegírico del prefacio de Claudio, con sus cuatro temas dominantes —diferencia entre él y los soberanos precedentes, sus victorias sobre los godos, descendencia y *brevitae imperii*— presentes también en el resto de la biografía, encontramos también dos importantes datos. El primero afectaría al problema de composición de la obra: al estudiar los giros y términos del contexto advierte que el uso del participio de futuro es más frecuente en las vidas de «Polion» y «Vopisco» —19 veces en el 32% del total del texto— que en las anteriores (17 sólo) (p. 86). El segundo supone una nueva coincidencia entre Jerónimo (*Ep.* 10) y la HA en el tema de la duración de la vida humana iniciado a través de los términos *doctissimi mathematicorum* (Cl 2.4); la línea de conexiones advertida por den Hengst (87-88) entre los judíos y la astrología queda enlazada por la figura de Abraham de quien se postulaba un importante dominio de tal ciencia por su origen caldeo.

En la elaborada introducción de Aureliano (cap. 8, 94-100) basada en la hipotética entrevista entre «Vopisco» y Tiberiano en la fiesta de las Hilaria, para la que den Hengst encuentra precedente claro en la conversación entre *Ballista* y *Macrianus* (T 12.3-12) —las *feriae* o *ludi* aparecen en otros textos (Cic. *Fin* 3.8, *de orat.* 1.24) como momentos especialmente aptos para las charlas entre personalidades políticas importantes—, nuestro autor observa un nuevo punto de contacto con Herodiano: en el libro I, el historiador griego relata el festival de la *Magna Mater*

celebrado el 25 de marzo, que es justo el momento en el que, presuntamente, tiene lugar la charla entre el Prefecto de la Ciudad y el escritor, y, a su juicio, a frase inicial del texto —...*quibus omnia festa et fieri debere scimus et dici*,... (1.1)— podría ser un eco de las palabras del autor griego:

El cap. 8 (111-118), con la figura de Tácito y el interregno como motivo central, replantea la relación entre la HA y Aurelio Víctor que es quien ha ofrecido la base temática del texto con la comparación con Rómulo y el error en la duración que se atribuye a aquel (1.2-6), mientras el 10, dedicado a Probo, vuelve de nuevo a discutir la posible dependencia del pasaje de la *Vita Hilarionis* de Jerónimo. Den Hengst se adhiere a la opinión de A. Camerón cuando éste rechaza la copia directa de ambos textos del *Pro Archia* de Cicerón (p. 24), pero se separa de él al decidir que es «Vopisco» quien ha imitado a Jerónimo; a su juicio, en la resolución del problema son decisivas la referencia a Salustio y las palabras que de él se incluyen. Mientras Jerónimo menciona a este historiador en 7 prefacios al menos una vez, como H. Haguendahl ha mostrado, en la HA ni hay otro paralelo, ni se encuentran muchos salustianismos y éstos, cuando aparecen, son sólo breves frases y no sentencias completas como las presentes.

En el penúltimo prefacio de la colección, el de la Cuadriga de los Tiranos (cap. 11, 140-8), los comentarios más interesantes se centran en los giros y términos analizados sin que afecten a ningún problema general de la obra ni podamos recogerlos aquí. En cambio, en el de Caro y sus hijos (cap. 12, 149-51) aparece la conflictiva relación

con Amiano. Den Hengst comprueba que la forma con que «Vopisco» narra la comparación entre los períodos de la Historia romana y la vida humana, casi un topos en los prosistas, se encuentra próxima a la de Lactancio (p. 150) aunque presente elementos personales o procedentes de otras versiones (151-2) y carezca del interrogante poco esperanzador del propio Lactancio o la idea claramente pesimista de Séneca; le parece que en una determinada frase —*semper inimica fortuna iustitia* (Car 3.6)— evoca los textos de Floro (1.2) y Amiano y subraya que la probabilidad de la relación con éste aumenta por tres razones: por el hecho de que las construcciones de participio, muy abundantes en el segundo párrafo (Car 1.2) coinciden con la acumulación de éstos al comienzo de la descripción de Galo (AM XIV.1), por el posible paralelismo entre las expresiones *vel recta motibus vel adflicta* (Car 1.2) y *quas periculorum varietas fregerat et laborum* (AM XIV.1.1), y por el sentido de «vida humana» del término *mortalitas* que anuncia el segundo tema del prefacio.

Den Hengst termina su libro sintetizando sus impresiones sobre el contenido de los prólogos en sus tres elementos principales, el autor, el lector y la *ratio rerum* y *verborum*. Al lector general, observa den Hengst, sólo se le cita una vez en la colección mientras al particular se le interpela en un mayor número de ocasiones. Por lo que se refiere a la *ratio rerum* el hecho de que lo *dignum memoratu*, elemento definitorio de la Historia, aparezca como objetivo prioritario del biográfico e histórico por parte del autor de la obra; y, en cuanto a la *ratio verborum*, pone

de relieve, como una constante de los prefacios, su decantado abandono de la *historica eloquentia* anulando que la erudición que se le atribuye en estos momentos está, en su opinión, supervalorada.

Respecto al propio autor, reconoce que hay pocos indicios en los proemios sobre sus ideas políticas y su posición en la sociedad. Con todo, a partir del de Tácito deduce su «fuerte tendencia prosenatorial», y de la invitación del *Praefectus urbi* a «Vopisco» para que comparta su vehículo (*A 1.1*) y los nombres pertenecientes a personalidades del siglo IV atribuidas a los *auctores historiarum* que discuten con este «auctor» el auténtico carácter de Firmo —*princeps* o latro (*Q 2.1*)—, su «pertenencia a los círculos aristocráticos» (p. 158, *cf.* también 100 y 144); aunque la defensa de los intereses senatoriales y la selección de nombres a partir de personalidades político literarias del siglo IV han sido reiteradamente puestas de manifiesto en múltiples estudios que han profundizado en aspectos más significativos de la colección que estos artificiales textos, sorprende la credibilidad que en este caso se les ha concedido, especialmente por lo que respecta a la hipotética entrevista con Tiberiano y lo decidido de la conclusión: «pertenencia» en lugar de «relación».

Las últimas palabras de den Hengst antes de que el libro se cierre con un *index locorum* y la correspondiente bibliografía a la que podría haberse añadido algún título más, son para insistir en que «las diferencias existentes entre

los prólogos, e incluso, las distintas partes de ellos, ofrecen un producto tan heterogéneo como la propia *HA*» (p. 163).

Lo cierto, en definitiva, es que el estudio de den Hengst resulta estimulante en su concepción y muy valioso en el análisis de los elementos léxicos y literarios de los pasajes aunque no todos sus juicios sean aceptables sin discusión ni todos los puntos aparezcan revisados con la misma profundidad o se advierta en ellos el mismo dominio del tema. En cambio, cuando sus teorías o hipótesis abordan el problema de la génesis de la colección surgen nuestras reservas y advertimos las dificultades que derivan no sólo del tema sino del propio punto de partida de su investigación; de hecho, la reducción a unos textos tan específicos que le permite realizar un profundo estudio de sus componentes, la aleja de la posibilidad de estudiar la colección como un todo de variada factura y difícil conexión entre sus partes de las que él, a pesar de sus propias conclusiones, ha seleccionado las más próximas entre sí. con todo, pese a la aparente contradicción, demostrar cuán complejo resulta definir el proceso de composición de las biografías con unos contenidos tan precisos como elementos básicos, es uno de los grandes logros de este libro. Los otros dos son habernos permitido conocer mejor la *HA* y, sobre todo, discutir otra vez sus eternos problemas a partir de nuevos supuestos.

Isabel Moreno Ferrero